



LUMINET, Jean-Pierre. *El incendio de Alejandría*. Barcelona, España: Ediciones B, 2004. 281 p.

El incendio de Alejandría, o el prestigio de los bibliotecarios, como muchas narraciones históricas, es una novela basada en hechos reales, pero a los cuales se les ha agregado el ingenio y la fantasía del autor sobre lo que imagina pudieron ser los esfuerzos llevados a cabo para salvar de la destrucción a la Biblioteca de Alejandría. Dentro de los acontecimientos comprobados está el referente al papel tan importante que tuvieron los bibliotecarios en los tiempos de la existencia de la Biblioteca de Alejandría y que podría resumirse en que poseían una amplia cultura acerca de las ciencias, fueran unas u otras, y que su misma condición los hizo convertirse en los hombres más destacados, después de los reyes o jefes gobernantes, lo que les dio un estatus privilegiado por los conocimientos que alcanzaban o porque eran parte de los sabios que impartían clases, creaban teorías o hacían inventos.

Al igual, eran respetados todos aquellos que laboraban, fueran escritores, copistas, archivistas o clasificadores. Cualesquiera ocupaciones eran consideradas de las más sobresalientes en una ciudad que se distinguió por su grandeza, cúmulo de nacionalidades, religiones, culturas y saberes, y que así fue concebida por su fundador: Dhu al Qarnain, Iskandar –llamado así por el profeta Mahoma– o como se le conoce en Occidente: Alejandro Magno, en el año de 331 a. C. El museo y la biblioteca fueron fundados durante el reinado de Ptolomeo I Soter (Salvador) 305-283 a. C. y fue destruida en el año 642 d. C.

Sobre el autor y el título original: Le Bâton d'Euclide (El bastón de Euclides)

Antes de entrar a la narración de la obra en cuestión, deseo dejar de manifiesto que hay referencias personales que no son del autor y que en su lectura se identificarán fácilmente. Considero también obligado hacer unos señalamientos breves de la biografía del autor, para comprender mejor la orientación que le dio a su libro.

Jean Pierre Luminet nació en 1951 en Francia y de ahí el título original de la obra en lengua francesa: *Le bâton d'Euclide*. La primera edición salió a la luz en 2002, pero la editorial Byblos (Barcelona) la publicó en español en su primera edición en 2005 bajo el título de *El incendio de Alejandría*.

Con el título original quizá no hubiese tenido la repercusión mundial que sí logra con el que se toma como base para esta reseña, pues supongo que desde el punto de vista de los editores, El

BASTÓN DE EUCLIDES, poco hubiese logrado al transmitir el principal fondo de la novela, que fue el tratar de evitar la destrucción de la Biblioteca Real.

Aunque conociendo la formación de Luminet –astrofísico, cosmólogo, reconocido miembro del OBSERVATORIO DE PARIS-MEUDON e investigador del CNRS (Centre National de la Recherche Scientifique)– uno puede caer en la cuenta, verdadera o imaginaria, de que su interés principal fue precisamente destacar ese mundo que conoce a la perfección como investigador de la ciencia y plasmarlo en una narración de divulgación científica de relativa accesibilidad a un público no experto y menos especializado en el estudio del Universo: estrellas, planetas, asteroides y todo lo que contiene ese espacio infinito. Ha sido gracias a su formación explícita que prácticamente todas las publicaciones de Jean Pierre giran en torno a la tecnología, la ficción y la historia, así como varios poemarios. Ello ya le valió haber obtenido el Premio Georges Lemaitre en 1999. ¡Qué mejor homenaje a un hombre como Luminet, que el Asteroide 5523 lleve su nombre!

Para ubicar a los lectores un poco más acerca del porqué del título original, baste decir que Euclides (330 a.C. - 275 a.C.) fue un matemático y geógrafo griego. Poco se conoce a ciencia cierta de su biografía pero sí que enseñó en Alejandría durante el reinado de Ptolomeo I, llamado El Soter.

A partir de una figura como la de Euclides, que lo reconoce como uno de los más grandes sabios de la antigüedad, Luminet con gran sensibilidad y erudición le rinde su tributo personal recordándolo permanentemente a través de un supuesto bastón, que pasa de manos entre los sabios, los responsables o los directores y los bibliotecarios de la Biblioteca de Alejandría, como una forma simbólica de transmisión del conocimiento. Es así que los elegidos para portar y conservar el bastón tenían como obligación sagrada la de resguardar el saber más allá de creencias religiosas e ideológicas.

Y es aquí donde se multiplican las variadas lecturas que un libro como *El incendio de Alejandría* despierta en los diferentes lectores, conforme a la formación o al interés de quien lo tiene en sus manos. Considerada ya una obra de referencia indispensable para penetrar más en el mundo mágico de la Biblioteca Real, lo que ahora pretendo es resaltar desde mi perspectiva el relevante lugar público de los bibliotecarios -como ya lo señalé- que tuvieron en la antigüedad y lo que todos los que estamos en contacto permanente con los libros debemos reconocer en todos aquellos que se dedican a conservarlos y preservarlos para nuestra memoria histórica.

Ello también se lo debemos a Luminet, que en este caso expone la atención entre el incendio que se avecina, la exposición de motivos para conservar los libros por haber sido escritos por innumerables sabios y la pesada carga que representa para los bibliotecarios guardianes de la biblioteca tratar de evitarlo. Por la naturaleza del mismo libro, sólo hace mención a unos cuantos bibliotecarios, pero podemos imaginar la gran cantidad que pasaron por la biblioteca a lo largo de casi un milenio de existencia.

El contexto bibliotecario

Pero poco se ha sabido del papel que jugaron los bibliotecarios en la sociedad de aquél entonces frente a los gobernantes, su rol político y en la protección y cuidado de los acervos, por lo que esta obra sí lo resalta. El libro narra los esfuerzos que llevan a cabo los responsables de la biblioteca en el año 642 d. C. para salvar de la quema las obras almacenadas por más de mil años. La novela se desarrolla cuando el viejo filósofo comentarista, el cristiano Juan Filopon, su alumno –un médico judío Rhazés– y la hipotética joven matemática Hepatia, intentarán disuadir al general Amr ibn al As y a sus tropas de no destruir la biblioteca a través de platicarle pasajes de libros científicos que alberga el recinto.

Aunque el autor da por un hecho que fue el califa Umar ibn al-Jattab (conocido en Occidente como Omar) el que ordenó el incendio, también subsisten diversas hipótesis como la de que mucho tiempo atrás de la época narrada fue el emperador romano Julio César el responsable de un desastre similar, cuando al atacar los barcos egipcios otro incendio se extendió hasta las bodegas de los muelles que apilaban cuarenta mil rollos de pergamino, que acopiaban para ser vendidos especialmente en Roma.

Hay que tener presente que antes del museo y de la biblioteca existió primero la ciudad; ciudad que a todas luces era deseada por todos, desde que Alejandro Magno la fundó el 25 del mes egipcio de Tybi, correspondiente al 23 de enero del año 331 a.C. Por consiguiente, muchos fueron los guerreros, comerciantes y todo tipo de visitantes de diversas nacionalidades que en un milenio, antes del incendio del 642, llegaron a esa ciudad del Mediterráneo, a la que se le había incorporado la isla de Faros y donde fue construido el famoso Faro, una de las siete maravillas de la antigüedad. Rica en todos sentidos, Alejandría estaba en una zona estratégica de dominio, que con el tiempo se convirtió en el centro del saber y donde convergieron una gran parte de los científicos, literatos, poetas e intelectuales más prestigiados.

A la muerte de Alejandro lo sucedió como rey del imperio su mejor general, Ptolomeo I, llamado Soter (El Salvador), de quien se decía era hermanastro del Conquistador, que, contra todas las predicciones de que sería un griego el que lo heredara, el nuevo rey de color oscuro, dio a todo el reino de Egipto sabiduría y paz. Gracias a la tranquilidad que vivió la ciudad durante su reinado es cuando más prospera y se establece la biblioteca para dar inicio a una de las más brillantes épocas del desarrollo de las ciencias, como las matemáticas, la astronomía, la geografía, la historia, la poesía con toda su proyección hacia el mundo conocido, y de las que hasta ahora seguimos siendo beneficiarios; que si bien se perdieron muchos escritos, sí alcanzaron a difundirse de tal forma que han sido las bases del conocimiento moderno.

En pleno siglo XXI, cuando se habla de las sociedades del conocimiento y una de sus derivaciones, las “ciudades del conocimiento”,¹ no cabe la menor duda que la de Alejandría bien podría ser considerada como tal, pues reunía todas las características que en esa época la hicieron florecer y ser el modelo a seguir para muchas otras del mundo conocido

¹ Comentario de R. Villarelo.

en ese entonces. Una de esas particularidades fue su museo, que contenía originales y representaciones del arte más exquisito, provenientes de Grecia, India, China, Palestina, África, lo que lo convirtió en sí mismo en una biblioteca de objetos a través de los cuales se conocieron otras culturas. Pero como en muchas partes del mundo, el museo y su biblioteca también fueron saqueados y muchas de las pérdidas se debieron a inundaciones o a otro tipo de desastres naturales, inclusive desde antes de que llegaran a catalogarse.

Lo que se conocía como la Biblioteca Real fue inicialmente una parte de ese museo, pero con el tiempo fue adquiriendo su propia importancia al albergar las principales colecciones de lo que ahora conocemos como libros. Con independencia del debate que se ha presentado en torno al incendio que terminó con la biblioteca, no cabe duda que el esfuerzo por conservarla fue de los gobernantes convencidos de su funcionalidad para mantener su poder y la extraordinaria función y el quehacer de sus bibliotecarios.

El papel de los bibliotecarios

Luminet señala que Ptolomeo funda la Biblioteca porque “deseaba aprender a reinar bien” y sólo lo haría a través de conocer de leyes, política e historia, y que a la muerte de Aristóteles al único que el rey consideraba que podía proporcionarle los pergaminos que necesitaba para gobernar era su antiguo discípulo Demetrio, quien había sido gobernador de Atenas. Cuando se produce un levantamiento en esta ciudad el ateniense huye a Tebas y de ahí el rey lo llama a Alejandría para que le transmitiera la sabiduría aristotélica y reuniera en un solo sitio las colecciones que se encontraban dispersas en el mundo griego.

Con medidas draconianas, Demetrio en su calidad de director del museo se allega las mayores colecciones y comienza, incluso, el comercio de libros que son los que van a engrosar la biblioteca² (3) y al primero que nombra al frente de ella es a Zenodoto de Éfeso, “primer bibliotecario que llevó oficialmente ese título.”

A Zenodoto le tocó recibir a Euclides, el geómetra (que con su bastón impartía sus clases y trazaba sus figuras en la arena), cuya presencia inicial fue la que originó que una pléyade de sabios llegara a Alejandría. El autor no penetra más allá de algunas referencias en la vida de Zenodoto, pero resalta que ha pasado a la historia por haber reescrito a Homero a su modo.

El que se puede considerar como el segundo bibliotecario fue Calímaco, al que se le consideraba el Euclides de la poesía en tiempos del segundo Tolomeo llamado Filadelfo, quien escribió el primer poemario en el mundo egipcio, que reunió a su alrededor a una gran cantidad de poetas, por lo que las bellas artes, en especial la poesía, se convirtió en una “bulliciosa pasión”. Pero Calímaco “no sólo se dedicó a cantar a los dioses, al amor, a las bellezas de la naturaleza y a los tormentos del

² Según otros autores, Demetrio no pudo haber sido el primer director del Museo, pues lo ubican en una época posterior al primer Ptolomeo. Sin embargo, aquí se mantiene tal y como lo ubica Luminet.

alma”, sino que auténticamente tomó las riendas de la biblioteca.

“El activo Calímaco asignó tareas muy precisas al numeroso personal que trabajaba en el establecimiento. Reorganizó el servicio de adquisiciones, de modo que cada texto se le puso una etiqueta que especificaba su procedencia, su anterior propietario y su corrector. Los textos eran copiados a mano, a veces al dictado, por lo que era necesario corregirlos atentamente. La Biblioteca se convirtió así en un centro de trabajo filológico, donde se preparaban nuevas ediciones, donde se anotaban y comentaban los clásicos.”

“Calímaco supervisó la confección del fichero. Leyó los aproximadamente ciento veinte mil rollos de la Biblioteca, los clasificó, los catalogó por temas, redactó su lista... los ‘Pinakes’ fue el primer catálogo en el mundo de los autores y sus obras...”

Al observar Tolomeo Filadelfo la entrega de Calímaco a las labores bibliotecarias, le ofrece nombrarlo director de la biblioteca, pero el poeta se negó y propuso a su mejor discípulo, Apolonio de Rodas, que a la vez fue preceptor del hijo del rey; Calímaco, que ya recelaba de la sobresaliente inteligencia de su discípulo, lograba así distraerlo pues era un rival en su disciplina. Y en esta forma Apolonio se tuvo que dedicar a “escribir los pomposos discursos del rey, llevar a cabo las negociaciones con los mercaderes de papiro y arrancar al monarca el puñado de dracmas suplementarias para comprar un lote de rollos sin interés”.

Contra las predicciones de Calímaco, Apolonio se convirtió en el personaje más importante del reino, lo que no le perdonó su maestro, por lo que tuvo que renunciar y se exilió en Rodas.

Es Arquímedes de Siracusa el que hereda el bastón pero nunca aceptó ser el bibliotecario siguiente, pues sentía que se debía más a sus gobernantes griegos que a los que se encontraban en Egipto, pero a cambio le recomienda al tercer Tolomeo III, llamado Evergetes (Bienhechor), a un filósofo, poeta, historiador, astrónomo, músico y geógrafo llamado Eratóstenes de Cirene, que posteriormente recibirá el bastón de Euclides como un reconocimiento de parte del de Siracusa. Al mismo tiempo Evergetes llama de nuevo a Apolonio para restablecerlo en su cargo de bibliotecario, por lo que este último para aceptar pone como condición compartir el cargo con Eratóstenes, para así crear un equilibrio de los acervos entre literatura y obras de ciencias como la astronomía, geometría o arquitectura.

De facto, a partir de entonces Eratóstenes es el verdadero bibliotecario, discípulo de otro sabio, Aristarco de Samos -cuya teoría principal es que la tierra giraba alrededor del sol-, y ambos son los que heredan el famoso bastón pues Apolonio se dedicó principalmente a ser el consejero del rey convirtiéndose en el segundo hombre más poderoso de Egipto, que en aquél entonces dominaba todo el mediterráneo. Todos los elegidos para trabajar en la biblioteca eran sostenidos por los dineros pú-

blicos y su trabajo consistía, aparte de dedicarse a escribir las investigaciones de sus especialidades, en copiar y analizar las antiguas obras. Sin embargo, no faltaban los charlatanes que quisieran incorporarse al selecto grupo de sabios bibliotecarios.

“Sólo el rey tomaba la decisión con ayuda del bibliotecario, sin duda el segundo personaje más importante de Egipto y que con frecuencia era también ministro. Los primeros bibliotecarios fueron naturalmente escogidos entre los gramáticos y filósofos, pues la clasificación de las obras exigía otro método que el que se empleó antaño y que consistía en anotar la fecha de entrada en los anaqueles, tal como lo había instaurado Zenodoto...”

Tolomeo “El Bienhechor”, durante los 24 años que duró su reinado logró, gracias a ese equilibrio entre las diversas disciplinas documentales y a la genialidad de sus bibliotecarios, la paz en el museo-biblioteca. No obstante, no percibió la fortaleza que iba adquiriendo Roma y el poderío de otros estados y ciudades como lo fue Pérgamo, enclavada en Persia, quien con el tiempo compitió con la grandeza de Alejandría y su rey Eumenes II quiso también fundar su propia biblioteca, superior a la de su principal rival, salvo que sólo admitió en sus anaqueles libros, escritores y maestros griegos.

Entretanto, bajo el gobierno de Tolomeo V Epífanos, el Museo de Alejandría era dirigido por Aristófanes de Bizancio, *“un gramático que inventó el diccionario, con términos arcaicos, técnicos, poco usados y de proverbios, pero sobre todo seleccionó los textos que consideró más bellos y ejemplos de perfección en cada género, que fueron publicados”*.

Pero la Biblioteca de Pérgamo iba en auge, a pesar de los falsarios, mientras que la vieja Alejandría comenzaba su declive y Aristófanes tuvo que reconocer que había perdido la “batalla de las bibliotecas”. No obstante, cuando Cleopatra I, madre de Tolomeo VI Filométor, prohibió la exportación de papiro, cuya elaboración sólo conocía Egipto, la biblioteca de Pérgamo se vio perdida. Eumenes, por su parte, convocó a un concurso para inventar un material capaz de sustituir al papiro y cierto día se presentó un pastor con un pedazo de piel de cabra, que a partir de entonces se usó como papel.³

Vinieron nuevos tiempos y a pesar de todo Alejandría siguió siendo la preferida bajo la protección de otro gran bibliotecario, Apolodoro de Atenas.

Las guerras entre toda la siguiente dinastía de los tolomeos, los asesinatos y los conflictos por la presencia de numerosos judíos en la biblioteca, y que muchos de ellos fueron masacrados, sirvieron a Pérgamo para beneficiarse del declive egipcio, pero con la sorpresa de que la Biblioteca de Alejandría permaneció intocable. Aún así, Pérgamo –que se había convertido en la mayor potencia griega– sucumbió ante el Imperio Romano, que mantuvo su poderío durante quinientos años.

La historia de la conquista romana sobrepasa la línea que he querido mantener en

³ La palabra pergamino es de origen griego que significa “piel de Pérgamo”.

esta reseña. No obstante, es importante mencionar que fueron los romanos los que le dieron mayor valor a la biblioteca, pues a pesar de la historia de que el general Julio César, el conquistador de Egipto, la mandó destruir, para el autor del libro esto es una falacia, pues fueron precisamente sus nuevos gobernantes los que la protegieron, enriquecieron y se valieron de ella para sus propias invasiones, gracias a todos los conocimientos que adquirieron de ella. Por supuesto que se ha documentado en varias versiones que fue un incendio el que la arrasó por culpa del romano, pero también que al tratar de defender el puerto de los navíos de sus enemigos involuntariamente se produjo la catástrofe, pues casi nada se pudo hacer para proteger los libros, por lo menos los que se encontraban almacenados en los depósitos.

César tuvo numerosos enemigos y fueron ellos, de acuerdo con Luminet, los que esparcieron la idea de que el general había destruido una de las mayores joyas: la Biblioteca de Alejandría. De ahí que también surgió la leyenda de que fue la reina Cleopatra la que “le rogó” a César, cuando lo conoció, conservar y respetar la Biblioteca. Ya muerto César, Cleopatra casa con Marco Antonio, que gobernaba el llamado Oriente, y él le regaló 300 mil rollos, que eran los que quedaban de la biblioteca de Pérgamo, como compensación a los que se habían perdido antes en el puerto de Alejandría.

Con el suicidio de Marco Antonio y el ascenso de Octavio, que hizo matar al heredero de Cleopatra, Egipto se convierte en una provincia romana y la Biblioteca de Alejandría pasa a ser de su propiedad.

En adelante, los bibliotecarios fueron nombrados por los respectivos gobernantes y considerados “sumos sacerdotes de los libros”, título que con el tiempo fue desapareciendo al igual que se dio la decadencia de las enseñanzas que se impartían en el museo-biblioteca, aún con cierto lustre que recobró en determinados momentos. Los conflictos entre las diversas nacionalidades que habían convivido en la ciudad y la expulsión y rechazo a los judíos, ocasionaron que los trabajos necesarios de los bibliotecarios para mantener su espacio de trabajo y aprendizaje se suspendieran.

Lo mismo pasó con lo que en una época fuera un sitio de gran tolerancia religiosa y de relativa calma entre los diferentes creyentes cuando fue nombrado un nuevo obispo, Teófilo, que hacia el año 370 d.C. con la justificación de acabar con el paganismo mandó a los fanáticos a destruir los hermosos edificios y las estatuas de Alejandría. Bizancio fue el que logró detener al obispo de continuar las demoliciones, pues era el mismo fin que le esperaba a la biblioteca, por lo que a cambio logró quitar a su director Teón y nombrar a su sacerdote adjunto. Era la primera vez que un eclesiástico se hacía cargo de ella con la consigna *de destruir todos los libros que no se adecuaran a su dogma*. Por fortuna los alejandrinos lograron evitar el desastre.

Es cuando los árabes toman el control de Egipto, con la expansión del islamismo e invocando a Mahoma, cuando ya la historia del Incendio de Alejandría se retoma con los personajes nombrados inicialmente: Filopón, Rhazés y Hepatia. Los esfuerzos de Amr por tratar de que el califa Omar se retracte de quemar los libros no dan

resultado, a pesar de que su director y sus ayudantes lo habían convencido de la necesidad de preservarlos para la posteridad.

Es así que los soldados, a pesar de no haber recibido la orden, se lanzan adentro de la biblioteca contra todo lo que encuentran enfrente, transportando los libros en carros y llevándolos hacia los cuatro mil baños y termas de la ciudad, cuyas calderas fueron alimentadas por estos documentos por más de seis meses.

“Los cuatro elementos son también los cuatro enemigos de los libros. El aire los corroe si nadie se ocupa de ponerlos a salvo en los armarios, el agua los borra las letras si no les toca a menudo el sol, el polvo los cubre si se los deja arrumbados demasiado tiempo. Pero el fuego es el peor de los enemigos, pues el hombre nada puede hacer para protegerlos de las llamas. Y es el propio hombre el que provoca los incendios, producidos por la guerra, el odio al saber, el miedo a la verdad o, más frecuentemente por la simple negligencia. Es incontable el número de bibliotecas destruidas por el fuego cuyo origen nunca se ha llegado a conocer. Pero siempre se ha señalado a un culpable sin que importara la verosimilitud de tal acusación. Y aunque el denunciado resultara inocente, nunca ha quedado libre de sospecha, porque sobre él recae el oprobio universal: quemar los libros es quemar a los antepasados, quemar a tu padre y madre, quemar el alma, quemar con ella a toda la humanidad.”

Pocos libros fueron salvados antes del asalto. Hepatia murió durante el saqueo, Filopón sobrevivió muy poco tiempo y Rhazés heredó el bastón de Euclides que lo acompañó durante el tiempo en que se convirtió en médico del general Amr que había recobrado su cargo de general en jefe de Egipto, cuando fue asesinado el califa Omar, situación que aprovechó Bizancio para recuperar la ciudad. El último bibliotecario fue precisamente Rhazés, instalado por Amr más como un acto simbólico que real, pues la biblioteca había dejado de existir. Mil años de civilización tenían que perecer mediante el fuego y la espada. ❧

Rosamaría Villarello Reza

Académica de la UNAM